

Filosofía para niños: una apuesta por el pensamiento crítico en la infancia (*)

La prohibición de asombrarse y preguntarse se transmite de generación en generación. En poco tiempo, los niños que ahora están en la escuela llegarán a ser padres. Si de algún modo podemos preservar su natural sentido de asombro, su apertura a la búsqueda de significados, su anhelo de comprensión del porqué de las cosas, puede haber una esperanza de que esa generación no sirva a sus propios hijos como modelo de aceptación acrítica.

Matthew Lipman

Los niños cantan, juegan, saltan, bailan; pero, sobre todo, son capaces de asombrarse. Esa **voluntad de asombro** se manifiesta de muchas formas distintas: en la capacidad de maravillarse ante el espectáculo de la naturaleza, en su pertinaz curiosidad, en la posibilidad de extasiarse en la contemplación de la música o de la pintura; y, de una forma especial, en su interés por plantear preguntas.

Los niños preguntan por todo: por los fenómenos naturales, por el modo como funcionan nuestros artificios técnicos, por la vida, por el amor, por la muerte. En sus preguntas lo que se revela no es tanto su ignorancia cuanto su afán por comprender. El mundo es para ellos un misterio que requiere ser develado. Tienen múltiples sensaciones, percepciones, fantasías y pensamientos que necesitan poner en orden y confrontar con cada uno de los diversos aspectos de su experiencia diaria. El mundo se presenta ante sus mentes como una especie de rompecabezas de muchas piezas que requiere ser armado. Las múltiples limitaciones de su lógica natural les imponen obstáculos para la comprensión, que ellos, con su natural capacidad de asombro, solo pueden superar en la medida en que, mediante sucesivas preguntas, intentan encontrar sentido en lo que, de otro modo, resultaría un caos de sensaciones dispersas o de pensamientos sin conexión.

Cuando preguntan, sin embargo, lo hacen en la mejor disposición. No porque ya sepan, sino porque siempre quieren saber, saber más, saberlo todo. Tampoco porque lo ignoren todo, puesto que, siendo capaces de percibir la multiplicidad de los fenómenos que ante ellos se presentan, se permiten hacer una serie de relaciones nuevas con los materiales que les proporciona la experiencia, tanto relaciones que descubren que las cosas tienen con ellos como relaciones que las cosas mismas mantienen entre sí; y que pueden ser desentrañadas mediante un proceso de indagación. Están, pues, en disposición para empezar a elaborar pequeñas teorías, elementales hipótesis, que puedan ofrecerles ya un primer acercamiento a lo que ignoran o a aquello que les asombra. He podido darme cuenta de que, en la mayoría de los casos, cuando un niño lanza una pregunta, lo hace no solo para intentar encontrar una

(*) Este texto es un fragmento del prefacio del libro de Diego Antonio Pineda R. "Filosofía para niños: el ABC" (Bogotá, Editora Beta, 2004, pp. 7-12). Se han suprimido las notas para hacer más fluida la lectura.

Este material está protegido por las leyes de derechos de autor. Dicha ley permite hacer uso de él para fines exclusivamente académicos y de carácter personal. No se debe reproducir por ningún medio electrónico o mecánico, para ser distribuido con fines comerciales. Es un material de estudio personal. Si quiere, puede imprimirlo para su uso exclusivo, pero en ningún caso hacerle modificaciones. Si usted desea citarlo, debe confrontar el texto original de donde fue tomado. Toda reproducción de él con fines de más amplia difusión (libros, revistas, manuales universitarios, etc.) debe hacerse con autorización, por escrito, de los titulares de los derechos correspondientes.

solución a un asunto que no comprende; lo hace también para confrontar una primera hipótesis que ya ha elaborado.

Sus preguntas, por ello, suelen ser interesantes, inquietantes, interrogadoras, maravillosas. Quienes logramos interesarnos por el sentido que esconden esas preguntas no dejamos de admirarnos cada vez más de la inmensa cantidad de relaciones mentales que en ellas están presentes. Algunas preguntas infantiles son capaces, como decía el filósofo Karl Jaspers, de “rasgar el velo que nos oculta la realidad de las cosas”, y pueden ayudarnos a replantear muchas de nuestras más arraigadas creencias, de nuestras ideas más elaboradas y hasta de aquellos valores que tenemos en mayor estima.

Pero, si sus preguntas pueden y suelen ser conmovedoras, las soluciones que a ellas proponen, sus respuestas y comentarios, no tienen por qué serlo menos. Insisto, cuando trabajo con los grupos de maestros interesados en el desarrollo de la filosofía con los niños, en que hay que estar atentos una y otra vez a sus respuestas inteligentes. Por “respuesta inteligente” entiendo aquella que es fruto de un esfuerzo genuino de pensar, esto es, de un proceso mental que nos exige identificar cada vez nuevos tipos de relaciones entre cosas, así como de hallar nuevos sentidos.

Desafortunadamente, el sistema escolar, tal como ha funcionado hasta hoy, poco tiene en cuenta lo anterior. Para él, los niños, más que preguntar, deberían aprender; más que pensar, deberían dar respuestas correctas. Deberían saber lo que está en el libro o en la mente de sus maestros, y todo lo que pudiesen aprender “por fuera” del sistema de enseñanza debería ser considerado como ilógico, insuficiente, e incluso pernicioso.

¿Tiene sentido, sin embargo, que sigamos propagando esa idea de que lo que un niño debe aprender será siempre solo y únicamente lo que otros -los mayores, sus padres, sus maestros- estén dispuestos a enseñarle? ¿Será cierto, acaso, que el aprendizaje no puede ser el resultado de otra cosa que de la enseñanza formal? ¿Por qué, entonces, vemos a los niños aprendiendo tantas cosas de su contacto con los animales y las plantas, de su experiencia de enfrentarse a un computador y explorar diversas alternativas en un juego electrónico, o incluso de su cita diaria con el aparato de televisión?

Los niños aprenden, y lo hacen de múltiples formas; de tantas formas que los adultos no estamos en capacidad de controlarlas. Y esto porque el aprendizaje no es un proceso que se pueda fácilmente programar, como lo han pretendido desde hace tiempo los tecnólogos de la enseñanza. El aprendizaje es un proceso deliberado que, a la vez que es el resultado de procesos de pensamiento propios, solo marcha adecuadamente cuando el motor afectivo lo pone en funcionamiento. Uno solo aprende lo que quiere y de la forma que le resulta más interesante. Uno solo aprende lo que le interesa y en la medida misma en que le interesa. ¿De dónde viene, entonces, el afán de enseñar tantas cosas a los niños sin tener la mínima certeza de que deseen aprenderlas?

El programa “Filosofía para Niños” (en adelante FpN), creado por el filósofo norteamericano Matthew Lipman a comienzos de los años setenta del siglo XX, pone el énfasis precisamente en los siguientes dos puntos, que están en clara relación con lo que acabo de insinuar.

1. Es preciso cambiar el paradigma clásico de nuestra educación -que se debe enseñar para aprender- por un nuevo paradigma: que la enseñanza cobra su auténtico sentido solo en la medida en que genera en el niño procesos de pensamiento propios, deliberados y autocorrectivos. Se trata, pues, de **enseñar para pensar**, más que de enseñar para aprender; y ello porque precisamente el verdadero aprendizaje, el aprendizaje significativo, solo es el producto de un proceso de pensamiento en el que el sujeto, además de monitorear a cada instante su proceso de formación, se compromete efectivamente en la

solución de los problemas que le genera su esfuerzo por comprender el mundo en su absoluta complejidad.

2. El aprendizaje debe ser concebido como un proceso en el cual los sujetos seleccionan deliberadamente aquello que les interesa aprender dentro de un ambiente comunitario donde se corrigen mutuamente y pueden aprender unos de otros bajo la guía de un maestro que los invita a revisar sus procesos de razonamiento, a examinar el lenguaje que utilizan, a profundizar en las preguntas que les interesan, a identificar los supuestos de sus afirmaciones y creencias, a prever las consecuencias posibles de sus pensamientos, afirmaciones o acciones.

Sobre todo, FpN se funda en el supuesto de que el niño puede ser un interlocutor intelectual competente, es decir, alguien que está en condiciones de llevar un diálogo basado en razones siempre que se garanticen las condiciones básicas de escucha, respeto, indagación y permanente autocorrección por parte de la comunidad de búsqueda e interrogación en la cual empieza a participar desde los primeros niveles del desarrollo escolar. Allí, por supuesto, no se limita a preguntar, sino, porque la naturaleza misma del ejercicio filosófico se lo exige, se entrena en el ejercicio de *dar, pedir y sopesar razones*.

Dentro de esa búsqueda de razones, el niño deberá atender tanto a las razones en términos de las cuales da cuenta de su actuar cotidiano como de razones más amplias en términos de las cuales explicar sus ideas y de razones orientadas a la justificación de la acción. Tan importante como que el niño revise su razonamiento es que aprenda a evaluar las razones en términos de las cuales explica o justifica un pensamiento, una afirmación o una forma de actuar. El concepto de “buenas razones”, en el que tanto insiste Lipman, y que, a su vez está inspirado en los nuevos desarrollos de lógicas no formales, es aquí soporte fundamental.

Pero ¿cómo puede un niño evaluar como buenas o malas cierto tipo de razones? Dos herramientas son básicas dentro de este proceso: los argumentos y los criterios. La **construcción de argumentos correctos** es una de las tareas esenciales del trabajo filosófico, y los niños están en capacidad de identificar las reglas generales de un buen razonamiento y de aplicarlas en situaciones cotidianas, tal como lo hacen los niños que participan de una discusión argumentativa como las que aparecen en textos como *Elisa* o *El descubrimiento de Harry*. Una buena razón implica una argumentación cuidadosa, pero también una sensibilidad fuerte hacia las necesidades del contexto, así como el ejercicio permanente de la autocorrección.

Pero, para que ello sea posible, se requiere también que el niño se entrene desde pequeño en la **construcción de criterios** en términos de los cuales pueda hacer buenos juicios. Un niño que se pregunta por el sentido que tiene tomar una decisión, por el significado de nociones como las de color, tiempo, espacio, causalidad o justicia, que se interroga acerca de las relaciones que mantiene con su cuerpo -como ocurre en los niños que protagonizan las novelas de FpN, y como debe ocurrir por parte de los niños reales que acompañan el proceso de indagación que allí está presente- es alguien que, al tiempo que se pregunta por la naturaleza de estas cosas, se ve invitado a elaborar criterios que hacen que sus juicios ganen en amplitud y ponderación. Los criterios, según afirma Lipman, son un tipo particular de “buenas razones” y la base esencial de lo que él llama pensamiento crítico, que caracteriza precisamente por tres elementos básicos: (a) su capacidad para elaborar y aplicar criterios; (b) su carácter autocorrectivo; y (c) su sensibilidad al contexto.

Un niño que se acostumbre a hacer preguntas significativas y relevantes y que, además de ello, empiece a construir criterios para sus juicios al tiempo que se esfuerza por razonar con coherencia, será, sin duda, alguien que habrá de plantear nuevos retos a sus padres y maestros. Y, puesto que los adultos actuales somos más bien hijos de un sistema educativo centrado en la enseñanza de contenidos cerrados

que deben ser aprendidos, memorizados e incluso mecanizados, la presencia del pensar filosófico desde los primeros años en la escuela no podrá hacerse sin conflictos.

Es así como FpN, para que efectivamente pueda desarrollar todo su potencial educativo, requiere no solo de niños que recuperen la capacidad de pensar por sí mismos, sino también de adultos con capacidad de escucha, interesados en dejarse “tocar” por las preguntas de los niños y, sobre todo, dispuestos a repensar a fondo muchos de los supuestos más generales en que se funda su comprensión del mundo. También el adulto es invitado, desde esta perspectiva, a que recupere su capacidad de asombro y se aventure, junto con los niños, en la experiencia del pensar filosófico.

No debemos pensar, sin embargo, que la simple introducción de la filosofía en el ámbito escolar tiene por sí misma un efecto mágico, o que la aplicación del programa de Lipman genera automáticamente resultados pedagógicos deseados. Mentiríamos si dijéramos que, por el simple hecho de implementar FpN en un ambiente escolar, todas las habilidades y competencias de los niños se verían inmediatamente potenciadas. La filosofía siempre debe guardarse de un afán salvífico, pues, por su naturaleza misma, no es un saber llamado a ofrecer soluciones; al contrario, lo propio del filosofar es precisamente plantear problemas, problematizarlo todo, poner en cuestión toda solución, ejercer la crítica a toda propuesta que no esté bien argumentada, exigir criterios que justifiquen lo que se propone o discute.

Todo lo que puede prometer una propuesta de educación filosófica como FpN es que, si se trabaja con ella adecuadamente (lo cual no es cosa fácil, pues exige del maestro una preparación mucho mayor que la que exigen otros programas de desarrollo de habilidades cognitivas y sociales), podemos aspirar a que los niños del futuro sean más razonables, esto es, estén mejor dispuestos para argumentar, para dar, exigir y evaluar razones; y, también, puedan ser más sensibles a las necesidades de otros, pues lo que se pretende en FpN no es tanto formar “supergenios”, sino personas en capacidad de convivir con otros en una comunidad de búsqueda y diálogo permanentes.

FpN no es, entonces, en primer lugar, un método para enseñar filosofía a los niños, pues no es esto lo que fundamentalmente se pretende, sino un proyecto de educación filosófica que busca crear condiciones para un aprendizaje más significativo, más abierto a las perspectivas de otros, más democrático. El recurso a la filosofía como fundamento último del currículo no obedece, pues, a que esta sea una disciplina que tenga un poder mágico para cambiar nuestra conciencia, sino al hecho de que una auténtica democracia solo puede estar fundada en el llamado kantiano a servirnos por nuestra propia cuenta de nuestro propio entendimiento, que se complementa, por parte del célebre filósofo alemán, con una doble exigencia adicional: la de pensar desde la perspectiva de otros y de la pensar siempre de un modo consistente.

FpN es, entonces, sobre todo una forma de hacer posible la democracia en la educación, la cual no se garantiza exclusivamente por el hecho de que las personas participen en los mecanismos de gobierno, sino, sobre todo, porque tienen el interés y las condiciones por ejercer un trabajo crítico y creativo al interior de las instituciones sociales a las que se encuentran vinculados como miembros activos.